

GONZÁLEZ HERAS, Natalia (2023). *Habitar en el Madrid del siglo XVIII. Formas de residencia y cultura material entre los servidores de la monarquía*. Gijón: Trea, 377 pp. ISBN: 978-84-19525-91-8.

La vivienda, las formas habitacionales y los modos de habitar los espacios son tópicos de investigación que han interesado fundamentalmente a historiadores de la arquitectura y del arte. Hasta la década de 1980, la mayoría de las investigaciones se había enfocado en responder a las preguntas de quién creaba una determinada edificación y cuál era su finalidad urbanística. En estos trabajos, la atención estaba centrada en los elementos técnicos en torno a la obra (materiales de construcción, diseño, etc.) y en el atractivo estético de los edificios. Natalia González Heras en esta obra, su *Magnum opus*, se rehúsa a delimitar su objeto de estudio exclusivamente en un plano unidireccional marcando un punto de quiebre con el canon historiográfico predominante y poniendo en el primer plano la historia de la vivienda y la de sus habitantes. En *Habitar en el Madrid del siglo XVIII*, su autora reconstruye el marco habitacional de los servidores de la monarquía española durante la segunda mitad del siglo XVIII. De esta forma, este libro tiene el mérito de establecer puentes, puntos de contacto, y también de ruptura, entre la historia de la arquitectura y el arte, la historia social, la historia cultural, la historia de las mujeres y los estudios sobre vida cotidiana y cultura material.

La mirada de González Heras es la mirada de una historiadora social, a ella le interesa menos la materialidad del edificio y, por el contrario, se centra más en el sujeto histórico que lo habitó y la relación que estableció con ese espacio doméstico. Pero la autora se nutre también de los estudios culturales, y en esta monografía, nos llama la atención sobre el valor simbólico de la vivienda y de su funcionalidad vinculada a las prácticas de sociabilidad que se experimentaron en los espacios interiores. Fue justamente en esos comedores, dormitorios, cocinas, salas, piezas, galerías, librerías, despachos, gabinetes, oratorios, recibimientos y zonas de paso donde la profesora González Heras identifica que existió un conjunto de objetos y artefactos que nos hablan de las prácticas religiosas, las modas, los gustos y los intereses de los servidores de la monarquía. También nos conminan a percibir los cambios de mentalidad propios de la sociedad ilustrada, cuando las élites emergentes ya no se conformaron con imitar los modos de vida de los nobles, como otrora lo hacían sus antecesores del seiscientos, sino que se comenzaron a mostrar permeables, además, a las nuevas modas, acondicionando sus espacios interiores con objetos decorativos provenientes del extranjero.

La coordinada espaciotemporal de la monografía, el Madrid del siglo XVIII, no es en absoluto una elección caprichosa, sino que la determina la propia historia de España durante la Edad moderna. La ciudad, en su doble dimensión de villa y Corte, estuvo dotada de una serie de características especiales y

exclusivas que condicionó la evolución de las formas residenciales e impactó en la vida de sus moradores. Fue Madrid, tal vez, una de las ciudades españolas que experimentó un mayor crecimiento durante la centuria pasando de 130.000 habitantes en 1740 a 187.269 en 1797. Era Madrid, en palabras de la autora, la «sede de la mayor parte de las instituciones de poder» (p.27), y, por lo tanto, allí residieron los servidores de la monarquía. Fue precisamente en tiempos de Carlos III y Carlos IV cuando se instrumentaron el mayor número de innovaciones urbanísticas de la edad moderna, un aspecto que impactó inevitablemente en la configuración del espacio.

Estructuralmente, el libro se divide en dos partes y cada parte está constituida por tres capítulos. La parte I está compuesta por los capítulos 1, 2 y 3, y la parte II la forman los capítulos 4, 5 y 6. En la primera parte, se estudian los servidores de la monarquía dentro del contexto urbano de Madrid. El capítulo primero reflexiona sobre las tipologías habitacionales contribuyendo a la clarificación conceptual al delimitar los términos de «casa», «cuartos», «casas principales» y «palacio». Seguidamente, en el capítulo segundo, se estudian los diferentes regímenes de ocupación de la vivienda, entre los que se destacaron el régimen de propiedad, el de alquiler y el de regalía de aposento. El capítulo tercero explica cómo era la organización urbana y cómo se distribuía la población en el plano de la ciudad. La autora demuestra en qué zonas vivieron los servidores del rey y por qué eligieron estos espacios. La segunda parte del libro

está dedicada al estudio de los edificios y la organización de sus interiores, siempre desde una mirada nutrida por los aportes de la historia social y cultural. La sección se inaugura con el capítulo cuarto centrado en la arquitectura de los inmuebles que habitaban los servidores de la monarquía. Se explica, ya en el capítulo quinto, cómo era la organización interna de estos espacios interiores para, finalmente en el último capítulo, abocarse de lleno al estudio de la cultura material de estos espacios. Termina la obra con unas conclusiones y tres apéndices: I. Planos, II. Cuadro de datos relativos a los planos y, III. Cuadro de datos relativos a los individuos presentes en la documentación notarial. La inclusión de dichos apéndices reviste un particular interés para los investigadores, pues buena parte de las imágenes y las tablas allí recogidas sintetizan una ardua labor de archivo y tienen carácter inédito.

Estamos frente a un libro que desarrolla una visión social y cultural de las formas históricas que asumieron las viviendas y sus interiores en la línea de lo propuesto por pioneros como Mario Pratz, Witold Rybczynski y Amanda Vickery. Pero la novedad de este libro es que González Heras se anima a lanzar una serie de hipótesis de trabajo que profundizan sobre el caso hispánico dieciochesco y que vienen avaladas por un riguroso trabajo en los archivos madrileños. La autora demuestra, por sólo por mencionar algunos ejemplos, que el alquiler era la forma más generalizada de ocupación de las viviendas entre los servidores de la monarquía en el setecientos y que algunas grandes familias,

como los marqueses de Santiago, obtenían importantes ingresos derivados del arriendo de sus propiedades inmuebles. O también afirma que este grupo social prefirió habitar en el centro, en las proximidades al Buen Retiro, en las cercanías del Palacio Real, en barrios antiguos, e incluso en zonas populares al sur de la ciudad. No fue la cercanía al lugar del trabajo, sino más bien las relaciones de paisanaje y la proximidad con los familiares y amigos los factores que mayor incidencia tuvieron a la hora de escoger el sitio donde vivir. Por último, este libro evidencia que entre los servidores de la monarquía existía una jerarquización interna, y entre los más pudientes se destacó una nobleza de reciente ennoblecimiento que sacó provecho del valor simbólico de sus nuevos palacios para comunicar su nuevo estatus social. Los espacios para la recepción de los palacios madrileños del siglo XVIII, engalanados por tapices, cortinas, cornupias, espejos y pinturas, atestiguan que la configuración del espacio doméstico no atendió únicamente a parámetros vinculados

a la habitacionalidad o la comodidad, que también era importante. Pero se trataba, además, de crear espacios que comunicaran a todos los visitantes las preferencias, los gustos y el poder de sus habitantes.

La publicación de *Habitar en el Madrid del siglo XVIII. Formas de residencia y cultura material entre los servidores de la monarquía* supone una enorme contribución a la historiografía modernista española pues desarrolla una línea de investigación novedosa en nuestro país y con una enorme potencialidad de desarrollo futuro. Recomendando la lectura de esta obra, pues demuestra que los hombres y mujeres que estuvieron al servicio de la monarquía conformaron un conglomerado social heterogéneo que se insertó de manera diferenciada y estratégica en el entorno urbano madrileño produciendo un impacto urbanístico, pero también social y cultural.

Ezequiel BORGOGNONI
Universidad Rey Juan Carlos